

SHKLAR, J. N. (trad. RAMOS FONTECOBA, R.): *Sobre la utopía*, Página Indómita, Barcelona, 2021, 105 pp.



La presente edición recoge dos ensayos inéditos para la lengua castellana de la gran politóloga letona y estadounidense Judith N. Shklar (Riga, 1928-Cambridge, Massachusetts, 1992), quien sería la primera mujer en ocupar el puesto de profesora en el Departamento de Gobierno de la Universidad de Harvard. Siendo una de las pensadoras más influyentes y auténticas del círculo liberal de los Estados Unidos en la década de los años ochenta del siglo pasado. La genialidad de Shklar en el presente texto es la ambición de explicar el papel de la utopía y los límites de ésta, como fuente de inspiración para una teoría política transformadora y creativa.

El primer ensayo de esta edición, se denomina: “La teoría política de la utopía: De la melancolía a la nostalgia” (pp.13-48). La autora inicia su reflexión, preguntándose:

¿Por qué no hay utopías hoy?, le preocupa que dicha pregunta esconde una nostalgia por las ideologías de corte totalitario surgidas en el Siglo XX, que tanto dolor infringieron a la humanidad. Para comenzar el análisis elige al autor Karl Mannheim, teórico político alemán, quien desarrolla una teoría la función histórica de la utopía, dividiendo el pensamiento político premoderno en dos corrientes uno ideológico que representa la lucha de las clases dominantes por mantener el estatus quo del orden establecido, y por otra parte el pensamiento utópico que representa un tipo de orientación revolucionaria, que aspira cambiar el orden social imperante (p.14). Para la autora esta distinción desarrollada por Mannheim, es la expresión de una posición de falsificación de la historia de occidente—reconocida por el mismo autor—que sabía que su análisis de la utopía como motor de la civilización occidental, adolescencia de objetividad y de un histórico analítico preciso, que lo obligó a realizar una selección de personajes y eventos que podrían encajar en un “ideal utópico revolucionario” que sería la constante de la vida política de occidente. Para ello Mannheim elevaría a personajes secundarios como Thomas Muntzer -personaje pre revolucionario alemán del S. XVI- y rebajando el papel central de un Tomás Moro desacreditando su importancia en la historia de una sociología de la utopía (p. 16). Así para Mannheim existiría una suerte de élite intelectual -ejemplificada en Munzter, Condorcet, Marx, etc.- generadora de utopías, que movilizará la historia hacia un continuo perfeccionamiento en libertad, democracia y racionalidad, siendo el papel de la sociología del conocimiento describir este fenómeno (p. 17). Cuestión que la autora no comparte por su destacada posición antimarxista.

Así las cosas, Shklar analizará en la obra la posición de Marx y Engels sobre las ideas utópicas, llegando a la conclusión que eran reflexiones más sólidas que las desarrolladas por Mannheim, en el aspecto del análisis histórico. Desarrollando estos autores, una distinción entre utopías clásica, utopía crítica, y utopía espartana y ascética, las que el “socialismo científico” interpretaría desde la teoría plusvalía y el materialismo dialéctico, aceptando que existirían precursores socialistas de la utopía, como Owen, Fourier y Saint- Simon, quienes siendo utopistas no marxianos, caían en el pecado de predicar una hermandad humana y burguesa, sin tener en cuenta del papel transformativo de la sociedad por parte del filósofo y de la lucha de clases (pp. 18-19)

Para la autora el aporte de Marx y Engels, es su reconocimiento a la función política histórica, que esconde la idea de la utopía clásica en la conformación de un pensamiento histórico crítico y como el socialismo marxista superaría los márgenes de la utopía clásica en su afán humanista, dialéctico y práctico. Llegará a señalar Shklar que las ideologías socialistas y hasta el darwinismo social, fueron los causantes de la ruina de la utopía, en el momento histórico posterior a la revolución francesa y americana (p. 20). Así esta crítica las posiciones revolucionarias, señalando que

no es posible hacer un análisis del pensamiento utópico desde moldes ideológicos, como lo pretenden Mannheim, Marx y Engels, obviando figuras paradigmáticas como Tomás Moro, que no encaja en el análisis de los autores ya que no es ni futurista, ni revolucionaria, la utopía de Moro, pero tampoco está creada para mantener el estatus quo de las clases dominadoras.

La utopía de Moro es literatura política, que cumple una función de criticar las instituciones sociales de su tiempo, y por otra parte la autora señalaría: "(...) la utopía era una forma de rechazar esa noción del "pecado original" según la virtud humana natural y la razón eran facultades débiles y fatalmente dañadas" (p. 21). Por eso en este ensayo llegará a señalar que toda utopía cumple con este requisito sine qua non de ser "un ataque a la radical teoría del pecado original" (p. 21). Esta idea desarrollada por la autora, no pretende atacar la fe de un Tomás Moro, que sabemos es Doctor de la Iglesia Católica y declarado Santo por la Iglesia Católica.

Más bien Shklar, admira la obra del santo, y pretende recordarnos que sus ideas plasmadas en su Utopía no corresponden a ideas históricas. Busca generar un contraste estético melancólico de lo que sería ese mundo utópico, en comparación a la realidad social del reinado de los Tudor. Por ello describe las instituciones de la sociedad utópica de forma detallada, pero no daría la receta para lograrlas, ya que el texto es un mero patrón de una perfección que está más allá de este mundo. Por ello la autora señala que la metafísica platónica es la verdadera propulsora de la utopía de Moro y Fenelón en el S.XVI, ellos querían permitir que un modelo extramundano surgiera para abrir las puertas de un disfrute como diría siguiendo las ideas de Arendt (p. 23). Señalara nuestra autora que la utopías clásicas, tendrán la categoría de artefacto del moralista, donde este descubre que la sociedad perdura en un concepto de bien- que unirá perfección y permanencia, armonía e inmutabilidad-, y donde se juzga esa sociedad señalando que la verdad es única y el error es multiplicidad(p.24), por ello en la utopía clásica-la de Moro, será el paradigma- de esta categoría no habrá excentricidad.

Por otra parte la rememoración de la Antigüedad en la construcción utópica post platónica jugará un rol importante, llegando a señalar: "De este modo, al melancólico contraste entre lo posible y lo probable se le sumó la triste confrontación entre una Europa rudimentaria y disoluta, por un lado, y la virtud y la unidad de la Antigüedad clásica, por otro" (p. 25) dirá que este es el sesgo de la utopía intelectualista del S. XVIII, que desplaza a la de corte metafísico platónico, donde existe una sobreponderación moral de la antigüedad.

La autora resalta de la diversidad de utopías, y cómo están avanzando desde las ideas de un imaginario popular donde las necesidades estaban resueltas, como se señala en el relato bíblico del Edén, o la utopía filosófica de Platón o Fénelon donde la sabiduría espontánea reconstruye el mundo. Así estas utopías se vinculan

a la Antigüedad Clásica, pero existirán otras a partir de la Segunda mitad del XVIII, como las utopías de condena de la racionalidad humana, desarrolladas por Swift y Diderot, donde solo se espera una reflexión por parte del lector (p. 26). La autora nos advierte que el proyecto político en las utopías nunca fue un fin en sí mismo, más bien un espejo donde mirar el deseo de una polis a la altura de lo humano.

La autora, sostiene una tesis controvertida, señala que no fue hasta la Revolución Francesa que la literatura utópica y la política, se tiñeron del concepto de revolución, y a su vez para ella esta etapa histórica, marcó el inicio de la muerte de la utopía clásicamente desarrollada desde Platón a Moro, por una suerte de "optimismo histórico" guiados por las ideas de democracia y ciencia, en la idea de una escalera dinámica entre desafío-respuesta, como Condorcet observaría brillantemente, el mundo estaba en la esperanza del progreso sin límites (pp. 30-32). Estas ideas surgidas desde el auge del pensamiento científico, que siendo abierto y dinámico modificaría la forma de pensamiento utópico; y sería a su vez su ceguera, así surgiría un Marx que pretende un "activismo implacablemente orientado al futuro" (p. 33), que sabemos tiene sus fuentes en las ideas del darwinismo social. Así filósofos como Saint-Simon defienden la idea de progreso intelectual sobre el moral, la autora llamaría a estas ideas como "megalomanía intelectualista" que se encuentra en las fuentes socialistas, liberales y conservadoras (p. 34).

Llegará a señalar que: "La sociedad imaginaria del siglo XIX a diferencia de sus predecesoras, que no estaban en "ninguna parte" en términos históricos, es una sociedad del futuro" (p. 36), por ello la autora los denomina: "cuasiutopías", ejemplificando en autores como: Cabet y Bellamy, y ni Wells podría salvar este género futurista. Nos señala, que el radicalismo del siglo XX quizás se pueda ensayar como un efecto de este "cuasiutopismo", que se representa a modo de: "ideología radical como sustituto de la religiosidad no convencional" (p. 39). Aunque el radicalismo revolucionario es algo absolutamente nuevo en la historia de la política, el esfuerzo racional de un Marxo o Comte, nos lleva a entender la complejidad de su época. Las ideas como la de lucha de clases, de salto al futuro, de hombre nuevo, traen aparejadas una ideología precisa, que la autora se esmera en quitarles la etiqueta de utopía, para señalar que existe un elemento emocional y religioso que las identifica, que coincide tanto en el nazismo, comunismo y otros eventos revolucionarios del siglo XX, y coincide con el exceso fervor de los seguidores de este cuadro ideológico (p. 42).

Por ello llegara a señalar que, en el pensamiento marxista, ideología y utopía serían la manifestación de un pensamiento desarrollado a propósito, construido por la razón práctica revolucionaria- siguiendo Mannheim- por eso la urgencia y preocupación en aquella ideología, sobre el fin de la utopía como un asunto de

vital importancia para la "alta cultura" representada en la teoría política de corte marxista.

Para nuestra autora la desintegración ocurrida en el S.XVIII debido a los procesos revolucionarios, no ha "permitido a un simple retorno a la teoría crítica clásica, de la que utopía formaba parte"(p.43), así para la autora el fin de los grandes sistemas ideológicos a finales del S.XX marcará la "consunción del último eco del clasicismo" (p. 45), aunque perdura en algunos sectores la búsqueda del ideal clásico, como los casos de Martin Buber y Paul Godman donde la búsqueda de una comunidad unida a una ciudad de escala humana demostraría la inspiración en los valores clásicos de la Antigüedad, siguiendo ciertas ideas clásicas, y dejando de lado el optimismo pueril de los herederos del socialismo (pp. 44-45).

Acercándonos al final del ensayo, la autora empieza a elaborar una respuesta precisa a la pregunta planteada al principio de este: ¿por qué no hay utopías?. Para ella el hecho de que exista la pregunta, demostraría la frustración del mundo actual frente a la intensa creatividad política de los antiguos, eran estos, con sus clásicos -Platón, Aristoteles, Agustin, y Moro- los que moldearon el pensamiento político hasta que aparecieron los "radicales" como Hobbes y Bentham que trazaron líneas entre socialismo y liberalismo influyendo en todo el S. XIX. Creyeron destruir la metafísica platónica y el pensamiento crítico-contemplativo heredero de la escolástica, pero jamás dejaron de subsistir estas ideas "clásicas" en como diría Charles Tylor a través de lo que el autor denomina "imaginarios sociales modernos" ideas que constituyen el pensamiento político moderno.

La tesis central en esta primera parte del libro. Es el inexorable declive de la teoría política posmoderno, lo que se ha producido a causa de las ideologías. Lo que ha permitido que en la actualidad exista un vacío o una falta de imaginación política, que al parecer se ha afianzado en lo que diría nuestra autora en "un mantra de clichés" que son más intuición irracional o sentimental. Así las cosas, al parecer el lenguaje, los hábitos mentales y las categorías del pensamiento no pueden interpretar el actual universo social humano, y por ello no podemos poner orden a lo que sabemos. Todo esto genera una molestia que representa el sentir de la ciencia política del momento de escribir este ensayo en 1965. Llama la atención que concluye este ensayo, que la nostalgia de un mundo clásico cohesionado no es la solución, y que la pregunta que se quiso responder tampoco es relevante, lo relevante fue hacer el viaje por el pasado de la utopía, y descubrir cómo las ideologías cercenaron la capacidad de imaginar y contrastar la realidad, tan propio del utopismo clásico (p. 48).

En el segundo ensayo que contiene la obra que estamos comentando, se denomina: ¿Para qué sirve la utopía?, escrito inédito en vida de la autora, fue publicado póstumamente en el año 1998. Shklar en este ensayo, buscará definir

los márgenes del concepto utopía. Reconociendo la dificultad de fijar un concepto de esta categoría en momentos, que se discutía el “final de la ideología” con el cercano fracaso del proyecto de la URSS. Lo hace dando inicio al ensayo, desde la que para ella era la “verdadera” utopía de autoría de Tomás Moro, quien al comienzo de su obra juega con la palabra: “eutopia”, que sería ciudad feliz, y por otro lado utopía, que significa: no está en ninguna parte (p. 51) justamente estas dos palabras caracterizan el género literario de la utopía, que por lo demás es extenso, variado y complejo de escudriñar, siendo el pensamiento utópico un propulsor de discusiones ayer y hoy. En este segundo ensayo, la autora recalca su admiración por la obra de Moro.

Para la autora el uso del adjetivo utopía, el que fue manoseado, especialmente desde la época revolucionaria, donde muchas veces lo utópico, era utilizado para señalar una imposibilidad material de llevar adelante un proyecto político, como los escritos encontrados por la autora en cartas de los tories americanos de 1770, que se oponen a la independencia de EE.UU. (p. 55). Así reconoce que existe un conflicto subyacente dentro del concepto de utopía, que será una herencia de la época de las grandes revoluciones francesa y americana, tesis también desarrollada en la primera parte del libro. Nos indica la autora, que al momento actual, el problema de la utopía es el problema de la esperanza, que nos lleva a preguntarnos ¿para qué sirve la utopía?. El ensayo de aquí en adelante buscará responder a esta pregunta. Sabemos que es una idea constante en la historia de la humanidad y el pueblo siempre ha imaginado una edad de oro, donde la vida sea fácil y digna, pero fue el punto culmine que superó esta mera imaginación, la obra de Moro publicada el año 1516. La que será arquetipo hasta la época revolucionaria. La utopía de Moro es la obra que da inicio a un debate ya no teológico- del mundo ideal, heredero de la idea del jardín del Edén-, sino que político.

Tomás Moro será para nuestra autora un verdadero cultor de la visión platónica, y supera a este por su capacidad de cuestionar la realidad, al diseñar una sociedad donde los ciudadanos poseen un “control racional de la pasión para lograr así la armonía” (pp. 55-56). Por otro lado, la Nueva Atlántida de Francis Bacon, utilizará el conocimiento científico para lograr la armonía, cuestión absolutamente contrapuesta a la idea de Moro, y marcará un cambio de paradigma. Con esta contraposición Bacon vs. Moro, la autora empieza a trazar los caracteres de las utopías. Llegará a señalar que todas coinciden en entenderse como expresión de una: “verdad universal” (p.56), la felicidad como una construcción política, donde la violencia de la discordia social es erradicada, es otra idea dominante, claramente con diferentes matices, unos querrán lograr esta felicidad, desde la arquitectura, el urbanismo, la eugenesia, a la educación. La nota característica del verdadero pensamiento utópico es eliminar la fricción social y luego mejorar la forma de habitar el cosmos por parte de la humanidad. Para la autora el descubrimiento de

América sería el punto inicial de este pensamiento utópico, ya que le permitió al hombre renacentista reivindicar un mundo nuevo, siendo esta una posibilidad real, que se encontraba allende los mares (p.57).

La utopía de Moro seguirá siendo para la autora el punto culmine del pensamiento político clásico, y da inicio al punto de vista crítico, ya que este, construye su utopía sobre ideas totalmente novedosas para el mundo feudal, que aún no terminaba de morir. Moro posee una forma de reivindicar al “pagano virtuoso” y establece de forma clara un reproche a la cristiandad. Lo que para la autora es el gran acierto de Moro, es que logró separar política y religión de un modo claro y radical, y por ello fue tributario de Platón quien fue el primero en construir una “idea de la felicidad pública creada por la racionalidad incorrupta y, en la segunda, la importancia de las leyes específicas y ampliamente entendidas para lograr la verdadera armonía social” (p. 59). Para nuestra autora, Moro quería más bien señalar la distancia entre la realidad política vulgar, llena de lugares comunes y vicios, y por otro lado señalar cuál sería la verdadera racionalidad del hombre político. Las utopías elevan el espíritu humano, no buscan diseñar un futuro como las ideologías, idea que es central en la tesis de Shklar.

Moro entonces quería abrir la razón, tal como Platón, y pensamos que jamás imaginaría el impacto de su obra. Nuestra autora señala que Jean-Jacques Rousseau sería el último gran utopista clásico, y su vez el primer utopista democrático. Para la autora los une su gran realismo con la sociedad política que habitaron. Ambos, Moro y Rousseau utilizan la construcción de ciudades imaginarias para contrastar el caos de su mundo, exponen las fallas de sus realidades sociales, por medio del contraste con el mundo imaginario (p. 61). La gran diferencia entre ambos autores pesquisada por la autora, es que la utopía de Moro tiene un fin evidentemente educativo; y en cambio la de Rousseau no desea esto, es del todo pesimista, pretende denunciar los males de su época, y la imposibilidad de repensar un mundo mejor, con menos desigualdad, menos dolor, siendo esta la tarea de una ciencia política. Mantiene una línea de pensamiento efímero, con tres concepciones de la utopía: Estado de naturaleza -el humano escritura de pleno sentido, sin memoria e imaginación-, la aldea feliz -evocación de un mundo rural- y finalmente Esparta -el mundo planificado- (p. 62), por ello el autor destacó su apego a la “felicidad rural”, que según su experiencia la vislumbro en Suiza, donde los campesinos vivían en un equilibrio de necesidades y aspiraciones, que para él era un modelo sano de igualdad material y alcanzable (p. 64); pero en el realismo de Rousseau, aparece Esparta, como modelo del dominio de los impulsos de muerte y caos que son inherentes a la especie humana, al final todo caerá, el pesimismo del autor nos lleva a la cuestión central, por ello señala nuestra autora: “El contrato social tiene por objeto investigar la posibilidad de compatibilizar deber e interés” (p. 65) y no quedara claro si esta justicia racional será posible ayer o hoy por medio de un

contrato social. Será Rousseau para nuestra autora el “filósofo de la decadencia de Europa” (p. 66).

La gran tesis de esta obra, y que sostiene en sus dos ensayos, es la calidad inigualable de la utopía clásica, que es para la autora la cumbre literaria y filosófica jamás alcanzada y que la actual tendencia a la distopía al estilo de Orwell nos hace recordar, ya no un mundo mejor, si no que el peor de todos los mundos, el que ha sido vivido en parte como experiencia biográfica de estos autores, con la llegada de los totalitarismos fascista, nazi y comunista en el Siglo XX.

Para la autora, tal y como señaló en la primera parte de esta obra, las utopías clásicas, tienen un final, y este sucede en la época revolucionaria del S. XVIII. Será en el siguiente siglo, donde la utopía será una manifestación del progreso científico, como ejemplo de realización de una historia siempre progresiva, ahora planificada por la ciencia, siendo la sociedad donde se ensayarán estas utopías, la fértil tierra de los Estados Unidos.

Será este país donde se intentaría vivir un “socialismo utópico” en contraposición al “socialismo científico” que se nutre de la lucha encarnizada de clases como enseñaría Marx y Engels (p. 68), estas comunidades creadas en Estados Unidos, demostraron su concepción transformadora del mundo, y fueron cuatro las más importantes New Harmony, promovida por Robert Owen, donde el sistema económico era lo central a transformar, una mezcla de cooperativa, trueque y pagares al futuro, creando una sociedad igualitaria, cuestión que no resulto, por el exceso protagonismo de su creador y la falta de formación intelectual de los participantes; los falansterios basados en la enseñanza de Charles Fourier, su objetivo era que las pasiones humanas fueran satisfechas, sexo y comida, no debían faltar en las comunidades, ha sido quizás la primera experiencia de una comunidad de placer planificado, la cual consiguió cierto éxito, pero que se diluyó rápidamente; y por otro lado Icaria del pensador francés Etienne de Cabet, quien deseaba una sociedad ordenada, monogámica, con una jornada laboral lo menos extenuante posible -no olvidemos las condiciones laborales del S. XIX- y una educación uniforme, este modelo fracasó por disgregación y exceso de riqueza generado por la economía de la comunidad, y por último la autora, recuerda a la comunidad de Oneida, promovida por John Humphrey Noyes, quien fundara la comunidad en el concepto de amor libre, cooperatividad económica, y propiedad privada, logrando controlar a sus seguidores por medio de la refinada “crítica pública”, esta comunidad fue tan rentable, que terminó haciendo ricos a sus miembros, y vendiendo cada cooperativa la propiedad adquirida en común. Como se puede ver en estos ensayos de comunidades utópicas, la libertad sexual era clave, se entiende esto por ser herederos de una época de puritanismo. La nota persistente en estas comunidades, fue su mala gestión en casi todas, y una tensión

intrínseca entre rendimientos a corto plazo y largo, entre objetivos educativos y económicos y la falta de preparación para la administración de la riqueza común por los utopistas (pp. 68-77).

La experiencia comunitaria utópica de los Estados Unidos—descrita arriba—para la autora fue importante en impulsar un sin número de reformas educativas, siendo este su mejor legado, unos quisieron liberar el eros de una sociedad corrompida por la superstición y otros liberar el peso del trabajo, ambos esquemas fracasaron, pero aportaron nuevas imaginaciones educativas. La autora señala que nada bueno emergió en la literatura utópica en las dos décadas anteriores a la primera guerra mundial, no menciona a ningún autor.

Se pregunta entonces: “¿Qué motivos tenemos para la confianza moral o política” (p. 80), y es realmente la realidad perversa promovida por la ideologías que crearon monstruos totalitarios lo que demostró la capacidad de muerte y destrucción en la modernidad, especialmente en la segunda guerra mundial con las ideologías del fascismo, nazismo y comunismo, la consecución de la guerra fría, y las guerras calientes -como Vietnam- para la autora, eran realidades que demostraban el fin de la utopía, siendo cercenada la capacidad de pensar de forma creativa, la ciencia política se mostraba como un imposible, la autora confiesa que pensar de una forma tan pesimista había impedido soñar un “futuro mejor”, y esto también acarrea el problema de quedar sin ideas políticas transformadoras.

Quiere la autora finalizar el ensayo, y responder finalmente: ¿para qué sirve la utopía?, y nos quiere recalcar que la ciencia política no depende de ideologías orientadas al futuro, más bien se requieren modelos de pensamiento, en tres dimensiones: heurísticos, normativos y proféticos, así la utopía propiamente dicha responde más al modelo profético, aunque el modelo normativo surge para demostrar que las formas de gobierno pueden transformar la sociedad, este modelo comenzó con Aristóteles, en la Política, donde quiso apartarse de Platón, describiendo la mejor forma de gobierno vs. la utopía, y es en esta parte donde crea criterios, para clasificar y juzgar los regímenes políticos, ósea crea un sistema de medición de perfección de la polis, una cuestión única en la historia del pensamiento (pp. 81-83). Será otro ejemplo de utopismo normativo, el creador por John Stuart Mill, quien buscó entregar los parámetros de la mejor forma de gobierno o buen gobierno, para lograr el fin de la política: orden y progreso, el aporte de Mill es la idea de modelo de buen gobierno (p. 84). Así la autora señala que la utopía sobrevivió “al declive de las grandes ideologías decimonónica no mediante la vuelta a los modelos utópicos, sino recuperando el pensamiento normativo” (p. 85) siendo el marxismo el que perdió su sitio al basarse en un modelo lineal de desarrollo histórico progresivo, que el tiempo probó que no era correcto en su hipótesis.

Por ello hoy la mejor teoría política es aséptica, lejos de la historia, como la desarrollada por los teóricos de talla Rawls, Habermas, Berlín y Oakeshott. Donde los modelos políticos buscan la forma de un orden social justo basado en modelos racionales, democráticos y plurales.

La autora termina esta gran obra señalando que la utopía no debe ser la fuente de la esperanza, más debe ser la fuente que moviliza la imaginación para lograr una acción política transformativa. La utopía debe ser el vehículo que denuncia el mal del mundo, para iniciar el camino de una verdadera esperanza en el mundo posible, que sería el lugar donde la utopía funciona como paradigma de la sociedad humana diversa, justa y plural. Por todo esto no podemos dejar de recomendar esta obra, en momentos donde el occidente democrático se encuentra atravesando una fuerte crisis en sus sistemas políticos, debido a la irrupción del populismo y la asunción de la guerra a escala planetaria. Por ello debemos reimaginar desde una utopía los modelos de la polis humana, tal y como nos insta la autora.

Rodolfo Marcone Lo Presti.
Doctorando
Universitat de València